

Chisporroteos

(Columna dominical de Alberto F. Cañas)

EL MONSTRUO EN SU LABERINTO, es la recopilación y resumen de las conversaciones semanales que nuestro Alfredo Cardoña Peña sostuvo con Diego Rivera entre 1949 y 1950. El libro ha sido bellamente editado en México por Costa-Amic.

Habría que comenzar estas líneas envidiándole a Cardoña la oportunidad que tuvo de tener tantos y tan largos coloquios con una figura de las dimensiones de Diego Rivera. Se coloca así nuestro poeta en esa pequeña pero escogida lista de afortunados inteligentes (inteligentes porque no conversaron en vano y dejaron a la posteridad sus conversaciones) en que están inscritos James Boswell, Johan Eckermann y José María Corredor. ¿Exageramos? No. ¿Perdemos el sentido de las proporciones? Tampoco. Enorme es la figura de Rivera, y su interlocutor tan inteligente y sagaz como los tres que dejamos citados.

Se ha dicho (y es cierto), que el éxito de una entrevista —en términos periodísticos— no depende del entrevistado sino del entrevistador; no de las respuestas sino de las preguntas. Nada sacamos con un hombre brillante, lleno de ideas, locuaz y lúcido, si no hay frente a él otro que sepa extraerle las riquezas minerales de su conversación. O sea que no hay mina de oro donde no hay minero. Alfredo Cardoña Peña es minero de los buenos. A extremo que casi estamos tentados de hablar en esta reseña únicamente de la habilidad con que el entrevistador se las manejó, y de la prosa sugerente, expresiva y llena de imaginación de que se ha servido para consignar las opiniones, creencias, creyencias, prejuicios, lucideces, aforismos, excesos, razones y sinrazones, propósitos y despropósitos de ese monstruo de la pintura a quien encontró en su laberinto y extrajo de él.

Si: el título es acertado. Rivera era el Minotauro y Cardoña Peña se introdujo al laberinto, para extraer de él, ordenadamente, juiciosamente, con lenguaje y metáforas propias, un sistema. Y es que, existiendo un laberinto y existiendo un Minotauro de pintura mural, el libro no es un laberinto.

Ni razón había para que lo fuese. Diego Rivera pudo serlo todo menos oscuro. Terminante, enfático, distorsionador de la realidad tanto en la anatomía de sus pinturas como en sus apreciaciones estéticas y dialécticas, pero siempre contundente, convincente y convencido. Y este encuentro con él que nuestro compatriota nos depara, es un manjar de acercamientos y una llave para comprender mejor esa pintura.

Lo que Cardoña ha escrito es una joya. Una joya periodística que, para algunos, no para nosotros, se resentirá una vez en cada cien de cierto sabrosé descuido periodístico que, por otra parte, le da más vida al estilo. (Alguien ha dicho y alguna razón trae, que la famosamente descuidada prosa que llama man de estilo periodístico resulta siempre más amena, amable y expresiva que la que califican de atildada, casi siempre tiesa y artificiosa).

No es, en suma, cuestión de sintaxis, sino de iluminación: el adjetivo, la metáfora el adverbio exactos e imaginativos pululan por todo el libro, como en las mejores prosas de Cardoña, y al través de todo ello asoma, de cuerpo entero que ya es mucho, el hombrón físico, el hombrón artístico y el hombrón dialéctico que fue ese espejo de pintores y de excesivos que se llamó Diego Rivera.